

remediar sus males con chiquirito, vagando de aquí para allí, causando horror y desprecio á todo el mundo, hasta que reconoció á la querencia, á morir como hemos visto.

Después se reunió Tacho con José, y éste lo presentó á Pepe y Alejo, luego yo hastiado de la vida sedentaria, quise volver al camino, con sólo mi mayordomo están bien asistidas mis labores, Lupe desempeña muy bien el despacho, y me alboroté á seguir los pasos de este viejo para tenerlo á la vista y darle la puñalada ofrecida en cuanto lo vea andar parando las orejas, y como los caballos estrelleros mirando para el cielo, alzando los pies para no tropezar; estas son en resumen nuestras principales aventuras, vds. juzgarán lo que mejor les parezca, ya cumplí con mi compromiso, y andando que el sol se mete.

Pocos días después tuvieron que lamentar la muerte del señor Garduño y uno de sus yernos, víctimas de una peste de fiebre que acometió por aquellos lugares, esto les causó un trastorno, Tacho tuvo que quedarse al arreglo de la casa, y en dos viajes no abandonó á sus compañeros, recogió á su hermana viuda y dos criaturas, luego sobrevino el fallecimiento de Manuel, y naturalmente Camila se llevó para su casa á Mariquita su hermana con tres chiquillos y fué engrosándose la familia, contaba Tacho con catorce talegas sin fondo, á quien mantener y vestir, quedó el otro cuñado encargado de todo, pusieron á un subarrendatario en la Soledad y continuaron en su empresa.

Por otro lado también hubo trastornos, murió D. Primitivo maestro de Astucia, y después encargado de la educación de Enrique, su hijo de Pepe el Diablo, á quien se llevó Lencho para Morelia á que concluyera su educación, colocó en la casa de un comerciante muy honrado cinco mil ochocientos pesos que su padre había reunido, para que con sus réditos legales según estilo mercantil se atendieran á los gastos de su colegiatura, y dejó al jovencillo muy recomendado en el instituto literario, sirviéndole de tutor el mismo señor D. Manuel que depositó el dinero por un favor particular, pues no tenía necesidad de él para su giro, con esto se le dió gusto á D. Juan que tenía empeño en que su nieto, como le decía, se aprovechara lo mejor posible, y tanto Pepe su padre, como Lorenzo se esforzaron para complacerlo.

CAPÍTULO VIII

Total exterminio de los Hermanos de la Hoja. — El charro resucitado. — El Paraíso, y la fuga de Astucia.

Continuaron con mil afanes en su arriesgado comercio, presentándoseles cada día más inconvenientes, porque apareciendo porción de partidas que con el nombre de pronunciados, guerrilleros, contraguerrilleros y fuerzas del gobierno que andaban tras de éstos, muchas veces se vieron en la precisa necesidad de sostener formales combates para abrirse paso y proseguir su camino; á esto se agregó que sus directos enemigos ávidos de avaricia, se figuraban llenos de envidia, que si no abarcaban todas las cosechas de los sembrados de tabaco, se quedaban hasta sin camisa, era tal su codicia, que consiguieron órdenes para que en cualquier parte los auxiliaran las tropas del gobierno, aumentaron las fuerzas del resguardo de las Rentas, y en más de dos meses de una persecución continua lograron su ambicionado objeto, contribuyendo mucho, que habiéndose enfermado de gravedad el Bandalón, y muerto en un encuentro su segundo que lo substituyó, quedaron atenidos los charros á la vigilancia de los *cardillos* sin haber podido encontrar por lo pronto unas personas de su confianza para reemplazarlos, pues la más gente del resguardo era nueva, por fin se valieron de un tal Atilano, llamado el Currutaco, quien después de estafarles cuanto pudo, cometió la vileza de venderlos para granjearse el aprecio de su jefe dándole un aviso oportuno, indicándole el sitio más conveniente para sus planes, y traicionó infamemente á los que había jurado servir bien.

Sesenta hombres del Resguardo, auxiliados por cien de los dragones de Seguridad Pública de Puebla, les pusieron una emboscada en la barranca de la Viuda en términos de Tlaxcala,

favorecidos por la obscuridad de la noche, apropiándose de los puntos dominantes, ocultándose tras de los árboles, peñas y matorrales. He aquí el horroroso combate que exterminó de un golpe á los valientes Hermanos de la Hoja, á costa de mucha sangre que hizo verter el perverso instinto de unos cuantos codiciosos y la traición de un vil que infamemente los engañó.

Eran como las dos de la mañana cuando aquel malvado traicionero mandó aviso de que el enemigo estaba en tierra Colorada, y que cortaran en la loma de los Lagartos para las barrancas de la viuda; como no habían tenido motivo para dudar de aquél hombre y además le habían gratificado profusamente sus servicios, de la mejor buena fe mandaron al batajador tomar el camino indicado, los emboscados dejaron pasar al explorador que iba de avanzada, asesinaron de la manera más vil al *Fandango* que iba de vigilante de la derecha muy entelerido porque le habían acabado de sacudir los fríos, les cerraron la retirada, cortaron la salida, y al estar en un corto llano, al pie de aquellas pobladas colinas, con un profundo desfiladero á su izquierda, empezaron á echarles balazos de arriba á abajo, por todas partes. Astucia en unión de Pepe empezaron á reconocer el terreno y convencidos de que estaban completamente encorralados, luego luego dispusieron poner á cubierto el batajo que haciéndose remolino sufría los balazos de los sitiadores, descargaron, y mal y de mala manera, estuvieron formando su atrincheramiento y cubriendo con él á las mulas lo mejor posible en medio de una lluvia de balas, estuvieron contestando á los tiros con uno que otro disparo, más bien para descubrir terreno con los fogonazos que por lograr emplearlos, temerosos de un asalto, hasta que empezó á aclarar la luz pudieron conocer su comprometida situación, repusieron bien su parapeto y juntando Astucia á todos les dijo: — Estamos encorralados, mucho más de cien hombres nos amagan, aquí tenemos bastantes reatas con que podemos descolgarnos para la barranca y salvar nuestras vidas, lo que á vds. les parezca mejor eso se hace, el pillito de Currutaco nos ha vendido, y aunque nosotros peleemos como valientes, nos vencerá la muchedumbre. — Primero morir que abandonar nuestros comunes intereses, dijo Chepe Botas, más de cuatro veces hemos debido nuestra salva-

ción á nuestro arrojo. — Moriremos matando, agregó Tacho. — Les venderemos caras nuestras vidas, prosiguió diciendo Alejo el Charro. — Si sucumbimos que sea sin dar un paso atrás, exclamó el Tapatío, aquí acabaremos pero nos llevaremos algunos por delante. — ¿Qué dices, Pepe? preguntó Astucia. — Que si está de Dios que este día sea el último de nuestra vida, tanto moriremos huyendo á pie por esos precipicios como recibiendo balazos, y en tal disyuntiva vale más correr la suerte que se nos destina sin incurrir en la nota de cobardes; sin embargo, ya dimos nuestros pareceres y si son contrarios á lo que tú plenses, humildes acataremos las órdenes de nuestro jefe, ¿qué dices, Lencho? — Que estoy orgulloso con pertenecer á los valientes Hermanos de la Hoja, que yo seré el primero en presentar el pecho á los enemigos que nos asedian y en hacerles sentir la punta de mi lanza, que si he querido saber el parecer de vds. ha sido porque si alguno pensaba de distinto modo y quiere salvarse, aun hay lugar para que puedan escapar la vida descolgándose por estas barrancas; en este instante como jefe, los relevo de su juramento, como amigo, les suplico que se salven todos los que quieran, á ninguno obligo para que afronte sereno una segura muerte, yo les cubriré la retirada, muchachos, ¿qué determinan? — Pelear como los hombres, gritó el Changó alistando su carabina. — *Todos para uno, uno para todos*, dijo el Tapatío: ó todos moriremos, ó todos venceremos. — ¡Viva Astucia! gritó Chepe Botas. — ¡Vivan los Hermanos de la Hoja! repitió Lencho, y llenos de entusiasmo, tan alegres como si estuvieran en un baile, cada cual disponía sus caballos y alistaba sus armas, procurando no desperdiciar tiros; ya llevaban cuatro horas de estarlos aturdiendo el silbido de las balas que únicamente habían matado dos mulas y herido á varias, sus contrarios creyendo que no harían mayor resistencia, se determinaron á batirlos de cerca, por un lado se destacó una fuerza como de cincuenta hombres de tropa, y por otro toda la gente del Resguardo, mientras los del frente seguían asediando con sus continuos tiros al montón de mulas.

— Por este lado se acercan los dragones, dijo Reflexión que estaba espiando por entre los tercios. — Y por acá, replicó otro arriero, vienen los del Resguardo con sus capotes amarillos. —

Yo me voy sobre los indios aparejados, dijo Pepe. — Y yo sobre los chabacanos, le contestó Astucia, Chepe y el Tapatío que me sigan con dos arrieros, y tú llévate al Charro, á Tacho y otros dos hombres, el resto de la gente que nos sostenga fuera de trincheras, y hasta que no les veamos los dientes esténse fuertes, se les echa una descarga cerrada y á retozar muchachos, ya saben nuestro modito. Cada cual formó su guerrilla, y hasta que estuvieron bastante cerca á la vez que las descargas los hizo contenerse y echar ellos otra en correspondencia, salieron como rayos, Pepe seguido de sus cuatro compañeros y Astucia lo mismo, cada uno por su lado; los enemigos á pesar de su número nueve ó diez tantos más, voltearon caras, se hicieron bolas y los carnearon bonitamente lanceándolos y correteándolos un gran trecho, regresando Astucia y los suyos sin más novedad que la de que mal herido su caballo prieto, al entrar en los parapetos formados con los tercios cayó muerto, y uno de sus arrieros, el Chango clareada una pierna de un balazo, mientras ellos habían dejado doce ó catorce tirados en el campo, y mucho más heridos que á uña de caballo tomaron la cuesta arriba; si sólo hubiera sido el abrirse paso para ellos solos, ningún trabajo les hubiera costado pero detenidos allí por sus cargas y mulas era preciso vencer completamente.

Pepe más encarnizado, persiguió mucho más lejos á los dragones, hizo más estragos, y llegó casi hasta la loma de los Lagartos, encontrándose al volver al infeliz *Fandango* asesinado, que por estar con los fríos lo suponían escondido entre las cargas y no lo habían extrañado; en un caballo de los dragones muertos atravesaron el cuerpo, y recogiendo parque y armas de fuego regresaron á sus parapetos con el cuidado de que el Charro venía herido de un balazo en la caja del cuerpo, y apenas empezaron á curarlo cuando expiró. — *Todos para uno, uno para todos*, dijo Astucia asomando unas lágrimas á sus ojos; aquí ha muerto uno, aquí moriremos todos, ya que esos cobardes tienen sed de nuestra sangre, que se ahoguen con ella cuando hayamos derramado á chorros la suya, alisten esas armas, ninguno se aturda, y mientras no esté alguno á buen tiro, no hay que desperdiciar el parque. Apenas se rehicieron los enemigos, cuando avergonzados unos y otros volvieron á la

carga, cubriendo sus bajas con los de las alturas que tiraban sin objeto y no dejaron de fusilar á sus mismos compañeros, entonces todos tras de trincheras resistieron el empuje, á fuerza de balazos, lograron por el pronto desconcertar las dos columnas que los batían, y fué tanto el arrojo de un oficial de la tropa, que llegó hasta poner una mano sobre los tercios, pero volteando la cara y mirándose solo, volteó grupas y destapó á reunirse con los suyos. Astucia que estaba á un lado, le dió un balazo al caballo que allí cerca se clavó de cabeza cogiéndole al jinete debajo una pierna, mientras los soldados lo acribillaron á balazos, tirando á tontas y á locas. Hicieron los Charros su segunda salida de guerrillas en dispersión, volvieron á hacer también muchos estragos, pero no fueron tan felices como en la primera, pues por un lado regresó Pepe lastimado de una pierna con sus dos arrieros también heridos, y por el otro Chepe muriéndose, que lo traía el Tapatío en la silla, y un arriero venía estirando su caballo; con el gran cuidado de que Astucia no llegaba, ya iban á salir á buscarlo cuando lo vieron venir con Reflexión en la silla atravesado, paso á paso, su lanza rota, estirando un caballo de los enemigos, entreteniéndose en quitarles parque á los muertos que encontraba. — ¿Qué te sucedió? preguntó Pepe. — Que me mataron otro caballo y se me rompió la lanza al rodar por el suelo, pero me apropié de esta charchina y este capote, y merced á ese disfraz los he carneado de lo lindo, quién sabe cómo me desconocieron y cuando un pícaro me iba á descerrajar á traición un machetazo, este muchacho metió el brazo para recibirlo en mi lugar, de á tiro se lo han trozado y cayó del caballo, yo volteé luego y con mi pedazo de lanza despaché á aquel infame que fué á caer á poco trecho, su caballo y el cuatralbo que éste llevaba dispararon juntos detrás de esa canalla, y yo he tenido que traerlo como vds. lo ven, se ha desangrado mucho y viene desmayado. — ¿Pero qué es eso, Chepe? viejo, querido viejo, respóndeme, dijo Astucia al Tapatío que tenía á su hermano entre sus piernas sentado en el suelo, abarcándolo con sus brazos maldiciendo de sus enemigos. Chepe con las ansias de la muerte se retorció, pero sosteniéndose un poco tendió su mano, meneó los dedos despidiéndose de los que lo rodeaban y con forzada voz exclamó: —

¡Jesús me ampare! y abrazando al Tapatio, se murió. — ¡Que Dios te haya perdonado! dijo el Tapatio juntando su inanimado cuerpo con el de Alejo y el fandango. — Pronto te seguiremos, viejecito, exclamó Astucia, procurando en vano contenerle la sangre á su arriero, mientras los otros curaban á los demás heridos. — Te miro renguear, Pepe, ¿qué tienes? dijo Astucia. — Un rozón de bala, no es cosa de cuidado. — ¿A ver, no te quieras hacer fuerte ni me engañes? Le desabrochó la calzonera, y tenía una pantorrilla clareada de parte á parte, también los vendaron, se pusieron á revisar armas, y para tener á la mano parque, pusieron al granel un montón en el centro, y formar nuevo plan de defensa, pues ya tenían tres muertos, cinco heridos y á Reflexión que por su desmayo estaba fuera de combate, en cuanto á caballos tenían seis menos de los principales de confianza, alistaron á los demás, y dispuso Astucia no salir de allí hasta lograr una buena coyuntura, no descargar una arma sin aprovechar el tiro, y con el mayor pesar miraba que le estaban matando mulas sin poderlo evitar, hasta que conociendo lo irremediable las soltó para que tomaran el camino que quisieran, á tiempo que salía dentro el grupo que ellas formaban, echando la descarga de costumbre y lanzando á cuantos encontraba, seguido de ocho valientes sobre la tropa, dejando á Pepe con los cinco heridos á defender el punto; entonces los del Resguardo se echaron sobre las trincheras y lograron penetrar en ellas macheteando y matando á los heridos, que les hicieron una tenaz resistencia incluso Pepe que los capitaneaba. Viendo Astucia al enemigo dueño de sus parapetos, retrocedió furioso mientras los soldados se entreluvieron en apropiarse de las mulas, allí atrincherados les hicieron formal resistencia y ya le acababan á su poca fuerza; Pepe lleno de machetazos y casi moribundo, confundido entre los muertos, conservaba su mosquete cargado para despachar al que se atreviera á rematarlo, vió por una hendedura de los tercios á los suyos cayendo enfrente los parapetos y que un grupo arrancó á apropiarse del montón de parque, al estarlo recogiendo descargó su arma, se incendió quemando á unos, chamuscando á otros y confundiendo con el humo á los demás, á tiempo que penetrando Astucia seguido de cuatro hombres los aniquilaba,

logrando en unos cuantos minutos desalojarlos, unos huyeron para sus puntos, los más corrieron ansiosos á ver si pillaban á las mulas que la tropa andaba correteando, ocasionando esto la más completa desorganización en todos ellos, que unos á otros se mataban por apropiárselas.

Esta última agarrada fué para Astucia mucho más sensible, el Tapatio había quedado muerto con tres hombres por el lado de afuera, y Tacho y otros tres á poco de entrar á los parapetos sucumbieron acribillados á balazos, él tenía un machetazo en el carrillo izquierdo, dos balazos en la pierna derecha, y otro en un brazo, se apeó cojeando, al divisar á Pepe recostado en un rincón luchando con la muerte, lo abrazó confundiendo su sangre con sangre, Pepe haciendo un esfuerzo recostando su cabeza contra el pecho de su hermano le dijo: — Lencho, te recomiendo á Enrique, tú serás su padre, voy á juntarme con Clarita, sálvate, sálvate, á... diós, y cerró los ojos para nunca volverlos á abrir. — ¡Que Dios te ayude, Pepe! contestó Astucia con los ojos inundados de lágrimas, se paró á recoger armas, en un instante recorrió su campo, en vano fué llamando á cada uno de sus compañeros y arrieros por sus nombres, y registrándolos, todos estaban muertos; recogió armas, buscó parque y sólo dos estaban cargadas, aventó todas las inútiles para la barranca y acordándose del encargo de Pepe dijo: — Su recomendación la transmitiré á mi padre, y en cuanto á que me salve, es imposible, esta pierna y este brazo no me ayudan, además, aquí están mis compañeros, mis buenos hermanos, aquí sucumbiré con ellos, sea por Dios; y sacó al Sultán que estaba escondido dentro las junturas de los tercios, tenía una pierna lastimada de un balazo, lo curó como pudo y limpiándole la sangre se recargó contra los tercios, sacó su cartera y con mucha calma escribió:

« Señor padre, en este instante estamos atacados del cólera
 « morbo y sucumbiendo todos mis compañeros, yo medio malo
 « voy á correr su misma suerte, no se olvide de nuestros juramentos, *Todos para uno, uno para todos*, es decir, parta vd.
 « su pan con las familias, y dirija una oración á los difuntos.
 « Que mi huero Enrique ocupe mi lugar en su amante corazón;
 « reciba este último adiós de su hijo. — Lorenzo. » Arrancó la

hoja, en la mascada que llevaba en el cuello envolvió el pedazo de papel, se la ató al perro en el pescuezo, le hizo unos cariños, y sacándolo para el camino le dijo: — *Corre, Sultan-cillo, corre, anda á prestarme este último servicio, lleva esta fatal noticia, ¿quién tuviera tu ligereza?* y á fuerza de amagos y regaños consiguió que el perro, como si entendiera su encargo, tomara el camino y se alejara aunque á cada trecho se paraba á ver si su amo arrepentido lo llamaba; por fin cuando ya estaba muy distante conoció su error pues dándose una palmada en la frente exclamó. — ¡Qué he ido á hacer, Dios mío! esta fatal nueva va á matar á mi padre, es imposible que sobreviva, ¡lo mata, lo mata sin remedio! y empezó á silbar y llamar al Sultán de mil maneras, pero el perro estaba lejos, y antes de que lo perdiera de vista tomó una de las carabinas cargadas, la apoyó sobre un tercio y disparó con ánimo de matar á su correo, la bala que pegó muy cerca contra una roca lo hizo violentar su fuga en lugar de cortar el camino, y emboscándose pasó sin ser notado de los enemigos que se situaron en el puerto. Astucia quedó con ese pesar que lo atosigaba, rascó al pie de una peña, allí enterró las pistolas que fueron de su padre diciendo: — Estas mejor quiero que se pudran antes que las cojan los sabuesos, ya viene una nube de esos pícaros á concluir su obra, otros por este lado, y también bajan los emboscados del frente; pues aquí morirá Sansón con todos sus filisteos, á mí no me cogen encorralado y asesinan como á un perro, y con una tercerola en una mano y su espada en la otra se salió para afuera, cubriéndose la espalda con los tercios exclamando: — ¡Dios eterno! no permitas que el Sultán llegue á mi casa, perdona mis maldades, y haz que expire invocando tu santo nombre. Ya no tuvo más tiempo para pensar, sino que doblando al primero que se le acercó, aventó la carabina, y con su espada empuñada en la mano zurda comenzó á defenderse de la multitud que lo asediaba; cuando estaba más ocupado por un flanco, por el otro le dieron un lanzazo en las costillas y cayó boca abajo implorando la misericordia de Dios, allí recibió multitud de heridas de todas armas y tamaños, pues casi no hubo uno que dejara de mojar su sopita, de manera que á las doce del día, quedó aquel reñido combate terminado, á

los cinco Hermanos de la Hoja los colgaron en los árboles más inmediatos, á los arrieros después de despojarlos hasta de los zapatos, los echaron para la profundidad de la barranca, menos á dos, que dieron algunas esperanzas de vida, y cargaron con ellos en un pezeptle para ver si aquéllos declaraban quiénes eran sus demás compañeros y cómplices, allí mismo cada cual se apropió los despojos que pudo, y hasta las cuatro de la tarde que acabaron de alzar su campo, emprendieron su marcha para Huamantla que era el punto más cerca, llevándose al inanimado cuerpo de Astucia tasajeado por todas partes, atravesado en una mula, para colgarlo en la plaza principal de aquella población, donde tenían los charros más simpatía, y que por ser el principal jefe, sirviera para escarmiento de los pícaros contrabandistas, llenos de rabia, al ver que un puñado de charros les puso cerca de cien hombres fuera de combate, pues mataron cuarenta y dos, y se encontraban heridos muchos más. Llegaron á Huamantla cerca de las ocho de la noche, impidiéndoles hacer la ejecución un fuerte aguacero que en ese instante se desató, por lo que mojados y muertos de hambre ordenó el jefe del Resguardo, que los dos arrieros heridos los entregaran en el juzgado, el cuerpo de Astucia se depositara en la cárcel para colgarlo al otro día, y procuró cuanto antes ponerse con su fuerza á cubierto, y satisfacer sus necesidades.

El juez mandó llamar al alcaide para que se hiciera cargo de aquellos hombres, ordenándole que diera aviso al facultativo para que desde luego los atendiera, y condujeran el pezeptle en que iban para la cárcel.

Mientras esto pasaba, el que estiraba la mula con Astucia, no más llegó al portalito de afuera de la cárcel y en un lado desató la reata, le dió su vuelta de esquila, y huyendo del agua se fué con la mula para el mesón sin entregárselo á nadie, sin ser notado de alguno, pues el único que podía haberlo visto era el centinela, pero éste también por no mojarse se escondió tras de la puerta de la cárcel, que distaba cinco ó seis varas de adonde quedó tirado el cuerpo. Cosa de las once de la noche, salía el médico de la cárcel después de haberle acabado de amputar el brazo izquierdo á Simón alias Reflexión, y de curarle otras heridas, lo mismo que de hacerle unas operaciones mu-

cruelles al Chango en una pierna, extraerle dos balas, y atenderle varios machetazos de la cabeza; al salir para el portal corrieron unos perros azorados que allí estaban comiéndose algo, la curiosidad le hizo dirigirse para ese lado, tropezó con el cuerpo, pidió una luz, salió el alcaide con el farol con que le iba á alumbrar la calle, y al instante de verlo notó que los perros le estaban empezando á roer las pantorrillas, lo voltearon y reconociéndolo exclamó: — ¡Caramba, es el charro Astucia! ¿Pero qué hace aquí este cuerpo? ¿quién lo ha traído? — No sé, contestó el alcaide, seguramente lo vinieron á tirar cuando yo estaba ocupado recibiendo á los arrieros que acaba vd. de curar. — Pues recuerda de quien es este cuerpo inanimado, es del mismo que cuando tu servías en el Resguardo y caíste en su poder en el suceso del Bulldog, me pagó tu curación, mantuvo á tu familia más de tres meses, y al irle á dar las gracias á su jato cuando estuviste sano, todavía te dió veinte pesos para que te quitaras de soplón. — Es verdad, es verdad, ¿y qué consentiremos que lo cuelguen esos pícaros? á un hombre de bien no se cuelga ni se infama de ese modo. — ¿Pues qué piensas hacer? — Si su merced me ayuda, vamos á enterrarlo para que cuando lo busquen no tengan en quien ejercer su ruin venganza, al cabo á mí no me lo han entregado, lo han venido á tirar aquí como á un perro, creerán que sus compañeros se lo han llevado, en fin yo veré cómo salgo del paso. — Corrientes, te ayudaré, anda pronto á cerrar tus puertas y trae algo para cubrirlo.

Pronto regresó el alcaide, envolvieron el cuerpo en su zarape y en medio de un continuo aguacero, uno cargando y el otro alumbrando el piso marcharon atascándose para llevar adelante su propósito. — ¿Adónde pondremos esto, mientras afloja tantito el agua? dijo el cargador. — Nos lo llevaremos, respondió el médico, para el tendajón que está en la esquina de mi casa, que lleva tiempo de estar cerrado, allí lo depositamos mientras haces el hoyo en el cementerio de Gualupita, me voy á adelantar para abrirte y allá te espero. Llegó por fin el alcaide sudando á mares y hecho una sopa con su inanimada carga, la descansó en el mostrador y se fué á buscar una herramienta con que rascar la sepultura, mientras el médico colocando bien el

cuerpo, empezó por vía de curiosidad á ver despacio, alumbrando con el farol la multitud de heridas que tenía, y notó una manchita insignificante de sangre en el zarape al descubrirle las piernas, registró las mordidas de los perros en las pantorrillas y exclamó: — ¡Esta es carne viva! Siguió haciendo muchas observaciones lleno de dudas, hasta que dijo: — Ya no puedo hacer nada, ya me preocupé; me ha parecido sentir una muy tenue pulsación, y yo no sé por qué se me figura que este hombre aun conserva espíritus vitales, de cualquiera manera yo debo auxiliarlo, suministrarle cuantos recursos nos facilita la ciencia, luego hay en esto de heridas, mil fenómenos, y de una ú otra manera nada se pierde con hacerle una escrupulosa inspección, manos á la obra, una hora más ó menos no perjudicará nuestro plan. Se metió para su casa y volvió á poco rato con su estuche de instrumentos y una caja de botiquín provista de lo necesario para su objeto, encendió unas velas de esperma y se puso á alistar sus preparativos, cuando entrando el alcaide le dijo: — Es imposible hacer el hoyo, no hay en ninguna parte un palmo de tierra seca, ya fui al cementerio de la parroquia, al Calvario, y ni en éstos ni en el de Gualupita se puede rascar, todo está anegado; míreme su merced hecho una sopa, parece que estamos en el diluvio; pero ¿qué aparato es ese, señor, qué va vd. á hacer con tanta prevención? — Pon aquí tu oído, ¿oyes algo? — Creo que sí. — Pues ahora aquí junto á esta herida. — También, señor, pero creo que es su reloj de vd., este pobre hombre está hecho tasajo, y es imposible que no haya muerto de tanto sierrazo. — Sin embargo, ayúdame á limpiarlo, tráete esa bandeja con agua, toma esa esponja, y vamos á ver si mis sospechas no son una preocupación. — ¿Luego vd. tiene alguna esperanza? — Sí, ó mejor dicho una duda. — Ojalá, señor, que se saliera vd. con la suya. ¡Virgen de los Dolores de Orizaba, yo te ofrezco una misa y tres libras de cera, como nos hagas este milagro! Sí, señor, sólo por un milagro podrá volver á la vida este cuerpo.

Lo lavaron todo, y el médico fué una por una con eficacia reconociendo y curando las heridas, registró bien á ver si encontraba contusiones, extrajo dos balas, y exclamó: — Cincuenta y nueve heridas horribles, tres mortales, este hombre ha per-

dido toda su sangre, sin embargo, tengo alguna esperanza. Empezó á ponerle confortativos, bálsamos, á darle frotaciones, lo abrigó perfectamente y sacando su reloj dijo: — Son las dos menos cuarto, y si dentro de media hora ha entrado en calor, es de vida, ya puse los medios que han estado en mi arbitrio, ahora que Dios nos haga una de sus maravillas. Lo dicho dicho, Virgen Santísima, tu misa, tu cera, y un retablo para perpetuar este milagro, exclamó el alcaide, quedándose ambos mirando los movimientos compasados del reloj con la mayor zozobra. Al término fijado metió la mano el médico á tentarle el estómago, exclamó con alegría: — ¡Gracias á Dios! no precisa tu promesa, hombre, ya puedes cumplirla. — Con muchísimo gusto, señor, y para mayor abundamiento voy á pedirle de limosna, para que me cueste vergüenza; ¡gracias, Virgen Santísima, gracias por este milagro tan patente! y no hallaba aquel hombre cómo demostrar su regocijo. Entre los dos lo metieron para adentro con cuidado, se colocó en una blanda cama, repitió el médico sus curaciones, y lo dejaron perfectamente abrigado y atendido. El alcaide se largó contentísimo pensando en sus disculpas para el otro día, previniéndose con alborotar á los de la guardia y vigilantes de la torre echando tiros y haciendo mitote, para decir que unos bultos se habían querido arrojar sobre la cárcel para llevarse á los presos, y á pesar del escándalo que hizo nadie ocurrió á su socorro. El jefe del Resguardo no entendió de razones, ya quería colgar al alcaide en lugar del cuerpo de Astucia, el juez tomó su defensa reclamando aquella arbitrariedad y atropelló, la cosa se incendió, tuvieron contestaciones muy fuertes, llegando al extremo de que el jefe dijo en la plaza, que todos eran unos usurpadores, tapaderas de los contrabandistas, no faltó quien tomando la voz al mirar que á todos insultaban gritó lleno de cólera á la vez que les arrojaba una pedrada: — ¡Muera el Resguardo! ¡mueran los soplones! y en un instante atumultuándose los demás, se agarraron contra la fuerza del Resguardo, éstos mataron á uno é hirieron á otros, y aquéllos también aumentándose su número por instantes les dieron una apedreada tan de primera que salieron los sabuesos como rata por tirante, dejando en poder de los amotinados algunos despojos de los charros y cuanto tiraban en su fuga para

aligerar á sus caballos, quedando las cosas en tal estado.

La manda que el alcaide ofreció por el milagro, tuvo las consecuencias tristes que acontecen cuando no se obra con prudencia, pues por tal de hacer la colecta de limosna, á cada sujeto que se la pedía le relataba el milagro, y aunque encargaba el secreto, de boca en boca se vulgarizó hasta hacerse pública la existencia de Astucia, y á los cuatro ó cinco días ocurría la gente en camadas á saber el estado de su salud y llevarle hilas, atole y cuanto podían para demostrar su simpatía y cuidado por los charros, ocasionando esto que llegara á noticia de los guardas, éstos lo comunicaron á sus superiores, el jefe del Resguardo se quejó al juez de Tlaxcala, y el día menos esperado llegó una comunicación de éste al Juez de Huamantla pidiéndole las primeras diligencias de la sumaria, y el conocimiento de la causa por haber sido el lance en su jurisdicción, exigiendo que le remitiera bien asegurados á los reos, Astucia el cabecilla de los Hermanos de la Hoja y sus dos cómplices, por estar públicamente comprobada la existencia de todos ellos. El juez aunque había sabido por distintas bocas el milagroso restablecimiento de Astucia, se hacía disimulado, pues también participaba del afecto que se habían granjeado los charros con todos los de aquella población, y á su pesar formuló las primeras diligencias, dejó jurídicamente como preso en poder del facultativo al reo, las remitió diciendo que no mandaba á los presos porque estaban aún en el término de gravedad y no podrían, á juicio del médico, soportar la caminata; á vuelta de correo llegó una partida de cincuenta hombres para custodiarlos, pues había un conocido capricho en perseguir y exterminar á los contrabandistas, y hasta veinte días después, en tres camillas fueron trasladados para Tlaxcala, en donde como á cualquier hijo de vecino, los encajaron á la cárcel pública, quedando encomendada su curación á la escasa inteligencia y poco cuidado de un mal barbero que hacía de cirujano.

Al cerrar Lencho los ojos á la luz del día sintiendo lanzazos y machetazos, más que su propio padecer atormentaba su corazón, el pesar que iba á causar á su padre la noticia que conducía el Sultán, este mismo tormento sintió al volverlos á abrir, después de más de cuarenta y ocho horas que estuvo en un com-

pleto letargo y postración: — ¡Yo vivo aún! exclamó, fijando la atención en los vendajes y sintiendo el dolor de sus heridas, y tal vez mi padre sucumbe al saber nuestra desgracia. ¡Dios mío, Dios mío! que el Sultán no llegue, que mi padre no reciba esa noticia. En vano procuraba el médico desvanecer sus pensamientos, que como un padecer moral no dejaba de entorpecer su restablecimiento. — Prescinda vd. de esas ideas, amigo Astucia, le decía, el perro no ha de haber llegado á su casa, ciento ochenta leguas no se andan así no más, según me dice estaba también herido, lo más probable es que se haya vuelto en solicitud de vd., que aullando en el sitio de la catástrofe haya estado vagando por esos montes, puede haber sucumbido de su lastimada ó de hambre en busca de sus amos, si no es que al verle la mascada amarrada en el cuello, alguno por quitársela lo habrá matado. — Todo lo que vd. me dice, amigo mío, bien puede ser; pero mi pobre Sultán era muy fiel, su herida sé la habrá ido curando con lamidas, en nuestros paraderos le habrán dado de comer, y cierto presentimiento me dice que llegará sano y salvo á su destino, yo no he de dejar de tener este cuidado hasta saber lo cierto; esto me puede más que la dolencia de estas cortadas.

No carecía de razón, su corazonada era cierta, pues el Sultán después de caminar casi en tres pies seis días y cinco noches llegó hasta la casa de su amo al rancho de las Anonas, muy despeado, trasijado, y tan lleno de cansancio, que penetrando á la cocina, apenas hizo unas cuantas fiestas á la hermana de Lorenzo y se tiró al suelo fatigado, cesando y sacando tamaña lengua. — ¡Bendito sea Dios! dijo Ana María, que llega Lencho á recibir el último aliento de mi padre, ¿pero qué tiene este pobre animal? y fijó la atención en la pierna que comenzó á lamerse, y luego desatándole la mascada muy sucia y enlodada, la desdobló y cayó el papelito que iba adentro, se puso á leerlo y se quedó sorprendida, á este tiempo entró Angel su esposo preguntando: — ¿Dónde está la vela de la Candelaria para tenerla lista? ¿Pero qué es esto, Anita, este papel, ese perro? — Mira, le contestó poniéndose á llorar. — Nunca viene un cuidado solo, dijo Angel al imponerse de aquello, encierra al Sultán aquí para que no vaya á meterse á la recámara detrás de nos-

otros, no sea que su presencia vaya á turbar los últimos momentos de mi padre, ya empiezan á atacarle algunos parasismos, y el señor cura dice que no llega á la media noche

Como á las nueve juntos Angel y su esposa, los bendijo D. Juan terminando con encargarles: — «Le dicen á Lencho y á D. Pepe, que se retiren de la carrera, que cuiden de la educación de Enrique, que se lo suplica su amante padre en el instante de partir para la eternidad, por el amor de Dios, y por el afecto que me tengan.» Le siguieron repitiendo los letargos, y con la mayor tranquilidad expiró á las diez de la noche; al mismo tiempo que Angel disponía lo necesario para su entierro, mandando construir un sepulcro al otro lado del de Clarita, contra la pared de la iglesia de Jungapeo, mandó tres mozos á caballo, á cada uno le dió cincuenta pesos para gastos del camino, y partieron por distintos puntos á averiguar por fin el paradero de los Hermanos de la Hoja, sin tener punto determinado para dirigirse, porque el papel no tenía fecha, ni indicaba el punto donde había sido la catástrofe. Esos enviados fueron regresando después de un mes con diferencia de algunos días, uno fué á dar hasta cerca de Morelos, otro por los volcanes hasta Puebla, y el último por los llanos de Apam, sin que ninguno hubiera conseguido algún indicio, ni la más leve noticia, pues transitando los charros por caminos excusados, no era tan fácil averiguar nada. Ya tenía Lencho cosa de dos meses de herido, cuando á medio restablecido pudo con mil trabajos pararse y dar unos cuantos pasos fuera de su inmundo calabozo, para tomar un poco de sol en un corredorcito contiguo, muy fatigado, débil y desvanecido, sin más avíos que unos calzoncillos viejos llenos de grasa de los unguentos, y una colcha en igual estado con que lo pusieron en la camilla en que fué conducido, descalzo, lleno de vendajes, la barba muy crecida y el semblante cadavérico, se recargó en un pilar para no caerse. — Para Señor San Lázaro por el amor de Dios, dijo un preso en tono burlón. — Es alma de la otra vida, replicó otro. — La verdad es, dijo un tercero, que es ánima en penas, y comenzaron á rodearse del infeliz paciente, unos con mofa y otros compadecidos; uno de tantos empezó á fijarle la atención y reconociéndolo exclamó sorprendido: — ¡Cómo, señor! ¿también su

merced por aquí? ¿qué no me conoce vd.? míreme bien, señor amo. — No hago memoria, amigote; está mi cabeza muy débil y... — Haga su merced recuerdo, yo soy Joaquín el asistente de D. Polo, el que fué jefe de los plateados, el amigo de vds. los señores charros. — ¡Ah! ya caigo, tú eres Tijerilla. — Sí, señor amo Astucia, el mismo Tijerilla, permítame que lo abrace; miren valedores al jefe de los valientes Hermanos de la Hoja, de los guapos charros, de los desengañados contrabandistas de la rama, si vds. vieran qué cuacos tan de primera montan y con qué franqueza tiran un peso; ¿no se acuerda vd., señor amo, del caballo Chocolín que le regaló D. Polo? y empezó á hacer memoria y á contar las proezas y generosidades de los charros, de modo que al cuarto de hora, todos aquellos bandidos y facinerosos, lo traían en palmitas infundiéndoles respeto y no burla su miserable situación, unos le lavaban sus trapos para reponerle sus curaciones, otros desgarraban sus haraposas camisas para reemplazarlos, quién se quita de la boca un pedazo de pan para dárselo, aquél una cucharada de habas ó frijoles, un poco de atole, una tortilla, en fin, todos con gusto lo auxiliaban con cuanto podían, de manera que su convalecencia la hizo alimentándose de la caridad pública en la cárcel, es decir, la tercera esencia de la caridad misma. Consiguió á pocos días de estar en relación con aquellos criminales, que un pariente de uno de ellos, habilitado de una remesa de tortillas, y con la esperanza de que le pagaran su viaje allá en el rancho de las Anonas, fuera á dejar una carta para su padre; después de mucho trabajo se habilitó de papel y tintero, y únicamente se limitó á escribirle:

« Padre mío, habiendo escapado del cólera estoy convaleciendo y me encuentro en Tlaxcala en la casa de unos amigos, que venga Angel mi hermano con algunos recursos, y pronto tendrá el gusto de abrazarlo su amante hijo que desea verlo. — Lorenzo. » Bien amonestado el correo para que no fuera á decirle á su padre su verdadera situación, partió á cumplir con su encargo. — Conque vamos á cuentas, Joaquín Tijerilla, ¿dime qué remolino te aventó por aquí? — Señor amo, ya sabe su merced que no faltan malas lenguas ni gentes que se complacen en levantar falsos testimonios; yo no

diré que soy un santo, su merced me conoce. — Demasiado, muchacho, demasiado te conozco, y por eso me admira que estés aquí, eres tan inocentito, tan candoroso, y con el ejemplo que has tenido de plateado; ya deberías estar en el cielo con todo y zapatos; algunos angelitos he despachado ya para la gloria. — Dígalo el Alacrán y tres compañeros, replicó uno de los de la rueda, que en un jalocote del cerro de las Palmas dejó su merced colgados como manojos de pollos. — No, amigote, no cambie los frenos, es verdad que los dejé colgaditos, pero no como los pollos que los sostienen de las patas, sino como á las grullas que las amarran del pescuezo. — Dice vd. bien, señor, y todavía no me sale del cuerpo el susto que me dieron esos señores en las Tinajas. — Ola, ola, ¿conque tú eres aquel susodicho que tenía escondida á la huerita de Yautepec? puedes agradecer á que yo me quedé despachando á mis marchantes, porque sino ya estuvieras con tu violín tocando entre las almas gloriosas, y me alegro de encontrarme entre tan buena gente. — Sí, pero su merced no nos ha dicho la causa. — Bien, y para obligarlos á que me cuenten sus cosas en dos palabras les diré las mías; me encuentro aquí porque soy un pícaro contrabandista; todas estas cortadas me las dieron por ladrón, y la verdad, la verdad me apesta el pescuezo á garrote, pues cuando salga mejor librado iré á sacar piedra múcara al castillo de San Juan de Ulúa por diez años con mi cadena al pie, procuren vds. no tener mucha estrechez conmigo, porque los pervierto, según mi juicio estamos aquí como en el Paraíso, al vernos hechos unos Adanes, y les advierto que yo soy la serpiente, cuidado con una debilidad porque á cualquiera le hago tragar la manzana, y con todos barre el pecado original, conque ahora les toca á vds., vamos por turnos.

Cada cual comenzó á contar sus gracias con tal disfraz, que daba compasión ver aquellos inocentes reclusos, estar padeciendo por suposiciones, inferencias, malos informes, víctimas de la calumnia, del interés, del capricho, de las malas lenguas, en fin, era una manada de angelitos que si hubieran caído en poder de los charros, seguramente los despachan á la gloria como lo acostumbraban. Uno de ellos, el más audaz y ladino que tenía á todos subyugados, al referir sus hechos se atre-

vió á decirle á Astucia : — Mi jefe. — ¡ Alto ahí ! Querubincito, dijo lleno de indignación, dándole un apretón en el pescuezo tan fuerte que lo confundió ; ya les conté que soy un pícaro, yo he sido el jefe de los bandidos charros, uno de mis hermanos más querido era el Diablo, y donde me traten de confundir con vds. armo zafarrancho, y esta santa mansión de ángeles, arcángeles y querubines, la convierto en un infierno, cuidado como me vuelven á dar ese título, porque jamás transigiré con los bienaventurados que caigan á mis manos. Dijo aquellas expresiones con energía, se pintó la rabia en su semblante de tal modo, que todos participaron de la confusión del querubín, y desde luego muy sumisos, obedientes y respetuosos, le decían : señor Astucia, el charro, señor amo, y procuraron no ser igualados. Él los trataba bien, se chanceaba y divertía con ellos, les agradecía sus caridades, les ayudaba á trabajar en sus quehaceres pero hasta ciertos límites, sin dar ocasión á que abusaran, y todos á la vez lo querían y respetaban.

Lo ocurrido al tomarle declaración fué muy célebre. — ¿ Cómo se llama vd. ? le preguntó el juez. — Astucia, contestó. — Se le interroga para que diga su nombre y apellido. — Astucia á secas me pusieron. — ¿ Según eso vd. no es cristiano ? — Sí, señor, apostólico y romano, creo en Dios y alabo su providencia. — ¿ Es que ese nombre no hay en el calendario ? — Si V. S. se empeña en buscarlo, de seguro que lo hallará en el diccionario. — ¿ En qué parte ha sido vd. bautizado ? — En las mesas de Tepustepec por mano propia del Diablo. — ¿ Responda vd. categóricamente la verdad ? — La verdad estoy diciendo. — ¿ En dónde nació vd. ? — Según le oí decir á mi señora madre, en una zaleita prieta que servía de sudaderos. — No es esa mi pregunta, ¿ sino en qué lugar ? — En un miserable ranchito de la cañada del Buen suceso, le cogió á la pobrecita el lance en el camino y... — ¿ Y á qué parte pertenece ese sitio ? — A San José Porua. — ¿ Y ese San José ? — Es anexo á otras propiedades que creo que son de una misma testamentaria. — ¿ Pero su situación ? — Es horrorosa por tanto texcal. — Quiero decir, ¿ adónde pertenece en lo político y judicial ? — Al Estado de Morelia. — ¿ Parece que es vd.

muy suspicaz y tiene gana de burlarse ? — Es vd. muy dueño de figurarse lo que guste. — Pues ya que excusá dar una declaración franca, el resultado será el peor para vd. — Eso lo tengo entendido, que lo peor será para mí. — Estamos perdiendo el tiempo ; escriba vd. , le dijo el juez á su escribiente. — ¿ Nombre ? preguntó éste. — Astucia. — ¿ Edad ? — Treinta años. — ¿ Estado ? — Soltero. — ¿ Patria ? — Mexicano. — ¿ Lugar de su nacimiento ? — En el estado de Morelia. — ¿ Ejercicio ? — Comerciante de la rama. — ¿ Por qué está vd. en la cárcel ? preguntó el juez. — Porque me trajeron. — ¿ Quién hirió á vd. ? — Personalmente no conozco á esos bandidos que nos asaltaron. — ¿ Según eso vd. no iba solo ? — No, señor, con cinco hermanos, doce arrieros, sesenta y dos mulas, y nuestros caballos de mano. — ¿ Cómo estuvo eso ? — La cosa fué muy sencilla, tuvimos como Jesuseristo un discípulo traicionero, un judas que nos vendió, después que se nos vendió, al estar en el llanito de las barrancas de la Viuda, nos echaron corral anunciándonos su presencia en aquel monte con una retrata de balazos por los tres lados de que se posesionaron, pues el otro de nuestra izquierda son unos profundos desfiladeros ; sin atrojarnos echamos cargas á tierra y esperamos á que amaneciera, los ladrones que nos asaltaron eran muchísimos, y aunque nos batimos como hombres que defienden sus intereses y vida, al fin y al cabo sucumbimos á la fuerza. — ¿ Es que vds. conducían un efecto que por leyes expresas está prohibido su libre tráfico ? en suma, como contrabandistas han sido cogidos con la masa en las manos, y escarmentados por el Resguardo de las rentas, y una fuerza de Seguridad Pública que dió auxilio según se manifiesta por estas comunicaciones de la Dirección, y el parte del jefe que expedicionó. — Bien pueden decir esas comunicaciones lo que gusten, pero vamos al terreno de los hechos, esas expresiones de bandidos y ladrones, las sostengo, el delito de contrabandista de que se me acusa, lo niego, eso de que nos sorprendieron con la masa en las manos, es una calumnia, porque esa expresión se aplica á los ladrones cuando se atrapan con el robo que han hecho, nosotros conducíamos nuestras cargas compradas con nuestro dinero, la hoja con que comerciábamos nos la vendían sus

dueños que á costa del sudor de su frente la han sembrado, y beneficiado en las tierras de su propiedad, y respecto de que hay leyes que prohíben el libre tráfico de un efecto estancado, creo que no estarán vigentes, las únicas que para el caso nos impuso el gobierno español cuando estábamos bajo su dominio, y entonces eran extensibles hasta para los cosecheros, porque después de tanto año de guerra y sangre vertida por los buenos mexicanos, que alcanzaron sacudir ese yugo, y se logró nuestra Independencia, mal pueden quererse llevar al cabo esas malditas leyes que nos impuso el despotismo, y maniatada á los hijos del país, impidiendo su progreso para tenerlo como el juguete de su avaricia, y mucho peor es, agarrarse de ellas para que nos azote el mismo látigo, y aun estemos uncidos al propio carro, cuando á voz y en cuello nos dicen nuestros representantes que somos libres, que nuestra nación es república, que todo el mundo es ciudadano, que ya no hay tiranos, y otra porción de cosas muy contradictorias á la realidad. — ¿Qué tiene vd. que agregar á su declaración? — No más, señor : que ratificar mis palabras, si la fuerza del Resguardo y Seguridad Pública fué la que nos atacó en las barrancas de la Viuda, mal corresponden sus títulos con sus acciones, sino es que por ellos se entienda, resguardarse y asegurarse así propios de cuanto pillan sus manos ; he dicho que son unos ladrones, porque después de acribillarnos á balazos y á la arma blanca, nos han robado hasta los zapatos, y cuidado que no creo que sean esas prendas de gran valor cuando las usaban los arrieros. Además, esa que V. S. llamó masa, es decir, nuestras cargas y cuanto teníamos, que valen más de doce mil pesos, ¿qué se han hecho? si se consideran como un robo que nosotros llevábamos, deben servir como cuerpo del delito para entregarlas á los dueños que las reclamen, y de ninguna manera disponer arbitrariamente de lo que á nosotros nos ha costado nuestro dinero, privaciones y trabajo, como lo justificaré. Por lo que pido á V. S. que estos hechos se sirva aclararlos por declaraciones verbales, exigiendo desde luego todos los efectos, bestias y prendas que nos han robado, como también que no quede impune la arbitrariedad de colgar á mis hermanos, y tirar á los cuerpos de mis arrieros á las barrancas

para que fueran pasto de los animales. ¿ Quiénes son esos caballeros para hacerce justicia por mano propia? ¿ acaso estamos en la época del feudalismo entre señores de horca y cuchillo para que fueran dueños de nuestras vidas y haciendas, teniendo pagada una fuerza de asesinos sólo por satisfacer su avaricia? No admito informes por escrito, exijo que verbalmente sostengan su acusación las personas á quienes hemos ofendido, y que como yo sean asegurados en la cárcel pública, porque no sólo les hago el cargo de los intereses que nos han arrebatado, sino del hecho criminal de asaltarnos en despojado, á mano armada, favorecidos por la obscuridad de la noche, no sólo en cuadrilla, sino por escuadrones, y en que ha corrido no poca sangre de por medio, de unos hombres de bien que en nada han perjudicado á la sociedad, pues no considero justo, que siendo yo la parte adolorida, agraviada, y despojada, padezca encerrado en un inmundo calabozo, mientras los principales responsables de esos asesinatos y robo, se andan paseando haciendo ostentación de sus crímenes. — En eso el juzgado obrará como convenga, dijo el juez. Los señores de la empresa del estanco de tabaco, en virtud de su contrata, representan al gobierno en sus derechos y acciones. — Eso lo ventilaremos, señor juez, necesito para concederles ese derecho, estar convencido de la legalidad de su contrata, porque si acaso tiene los vicios de un mal convenio, y tal vez se halla basada sobre los malos principios de la usura, el agio, el monopolio, perjuicio de tercero, etc., que constituyen una mala contrata, mala y malísima será su representación, y peor y más malo su delito, mi prisión, y cuanto en este caso ha ocurrido, y mucho más grave su responsabilidad, y así de la notoria justificación, probidad y energía del juzgado, espero justicia. — Puede vd. retirarse. Firmó sus declaraciones, y con la escolta que lo condujo al juzgado regresó para su prisión.

Como en algunas de sus razones no carecía de justicia, el juez se empeñó en que la sumaria no careciera de requisito, como era de su deber, y aunque remitió varios oficios citatorios, y exigió con apremio la presentación de los acusadores, y sobre todo la entrega de los despojos y cargas, como cuerpos

del delito, nada pudo conseguir, pues desde el instante en que triunfaron de los charros, tanto los del resguardo, como la tropa, cada cual se apropió de lo que pudo, las cargas con todo y mulas tuvieron igual suerte, y lo que había quedado, que llegaron con ello á Huamantla, allí se lo quitaron los del pueblo en el tumulto que provocó el jefe del Resguardo, quedando todos esos intereses tan repartidos, que era imposible saber su verdadero paradero, y mucho menos el recogerlos, conocieron por lo dicho, que Astucia no era un hombre que se intimidaba, y con pretextos, excusas, y mil subterfugios, sólo trataban de ganar tiempo, quitándose las puntas, sin tratar más que de embrollar el negocio, durmiendo la causa entre multitud de expedientes consignados al olvido.

De los arrieros tampoco podían sacar declaración alguna que comprometiera á sus amigos, ni descubriera los verdaderos nombres de sus amos, de modo que quedó en tal estado. El enviado con la carta de Astucia para su casa, después de tan largo como penoso camino, llegó al fin al rancho de las Anonas, y sabiendo que había muerto el padre, le contó al cuñado la verdadera situación de Astucia, lo atendieron bien, le pagaron profusamente su viaje, y luego Angel emprendió su caminata para Maravatío, allí tomó la diligencia y lo más pronto posible llegó á Tlaxcala.

Estaba Astucia muy entretenido tejiendo cintas de palmitas para sombrero, cuando el boquetero con toda la fuerza de sus pulmones gritó: — El Charro Astucia, á declarar. — ¡Gracias á Dios que se acordaron de mí! ya vengo, muchachos, ya vengo, y se dirigió á la puerta. — Ahí va ese reo, gritó otra vuelta el boquetero. — Aquí está el llamado, repitió otro en la primera puerta, y el alcaide con su manojo de llaves, abrió por el lado de afuera descorriendo un gran cerrojo diciéndole: — Métase para la alcaidía, ahí está una persona que lo busca, procure no alargar su plática porque es día de visita, y no debe tardar el señor juez. — Gracias, amigote, gracias, y se metió para una pieza inmediata á la derecha de la puerta principal, adonde estaba esperándolo Angel su cuñado á quien desde luego conoció; pero el recién llegado al mirar acercársele á un hombre descalzo, con una venda en la cabeza, unos calzoncillos viejos,

mal cubierto con una colcha hecha pedazos, apestando á ungüentos, muy barbón, flaco y macilento, se figuró que era uno de tantos infelices que gimen en la cárcel víctimas de la miseria, por lo que compadecido sin darle tiempo á que le pidiera un socorro, sacó dos pesos de la bolsa y ofreciéndoselos le dijo: — Tenga esa friolera, amigo, siquiera para que merque una cobija. — ¿Es posible, Angel, le contestó, que no te dé un vuelco el corazón? *Aquí tienes á Lencho, el perverso, á Lorenzo el aguardentero, á Astucia el jefe de los Hermanos de la Hoja, en fin á tu amante hermano, acuchillado por los ladrones, mira mi cuerpo lleno de tajarrazos.* Se abrazaron llenos de gozo, y desprendiéndose Astucia preguntó: — ¿Dame razón de mi padre, ha sabido nuestra desgracia? — No, por... — ¡Cómo no! ¿pues qué no llegó mi fiel Sultán con la noticia? — Sí, pero... — ¿Pero qué sucedió por fin? — Ya no estaba capaz, lo ocultamos y... — Explicame por el amor de Dios, hermano, ¿qué sucede con mi padre, ha muerto ó vive? háblame con franqueza. — Pues encomiéndalo á Dios. Fué tanta la impresión que le causó aquella noticia, que no pudiendo soportarla sereno en el estado de debilidad en que se hallaba, cayó al suelo como si lo hubiera tocado un rayo, al ruido que hizo en el entablado, entró el alcaide diciendo: — ¿Qué sucede? — Quién sabe qué le ha dado, contestó Angel, hágame favor de ayudarme á levantarlo, y entre los dos con cuidado de no lastimarle sus heridas, lo sentaron en una banquita, le rociaron la cara con agua, le hicieron pasar unos tragos, en cuanto comenzó á recuperarse, y limpiándose el rostro de la humedad que sentía, se quedó pensativo mirando para el suelo y dijo: — ¿Quiere decir que no supo nada de lo acontecido? — No, porque en la misma noche del día que llegó el Sultán expiró entre las nueve y las diez, y ya tiene tres meses y veinticuatro días de estar debajo de la tierra. Entonces quitándosele aquel pesar que desde que mandó á su perro sentía en el corazón, y le había ocasionado muchos ratos muy amargos, respiró con confianza, y dirigiéndose á una estampa de un Cristo de Chalma que estaba pegada en la pared le dijo con fervorosa voz: — ¡Gracias, Dios omnipotente, gracias! yo no he precipitado á mi anciano padre al sepulcro; alabo, Señor, tus disposiciones, bendigo tu Provi-